



## Desconfianza en la humanidad: un diván sin hogar

[en] Mistrust of Mankind: a Homeless Couch

Cual con granizo espeso las nubes/  
en los techos crepitan<sup>1</sup>.

Los fracasos que está viviendo la sociedad mundial urgen iniciar un viaje de estudio profundo de la ciencia de lo público. El ansia liberal ya ha manifestado, a través de algunos portavoces, que la mecánica bélica de la política mundial ha agotado su desarrollo.

La mega-política se ha desplegado aceleradamente y estamos en un momento de apoteosis del liberalismo en sus fases punteras. Su desbordamiento le ha conducido a incluso las *star wars* y las *conquistas planetarias*.

Al otro extremo, el mundo radicalmente ateo y revolucionario comunista o anarquista —o ambas cosas a la vez—, también ha sentenciado que los objetivos científico-revolucionarios ya están asegurados. Lo que resta se trata tan solo de una evolución imparabable que caerá por su propio peso y se impondrá a no tardar. Unos y otros pelean, batallan convencidos de su evidente victoria final: la imposición universal y definitiva de sus conclusiones. La política está en una situación, para unos, de estancamiento y, para otros, de explosión finalizante.

Los síntomas más insoportables de esta grave crisis, en estado gangrenoso, están siendo claramente la corrupción institucional, el liderazgo monstruoso, con una especie de superhéroes degradados, y el deterioro irreversible de los partidos políticos y las instituciones populares que trabajan en conexión con ellos.

Paralelamente hay una ciencia contemporánea que está carente de creatividad y solo se dedica a alambicar sus descubrimientos anteriores, que ya están amortizados. Esta profesión técnica no ve cómo innovar, adivinar una nueva manera de vivir, ver lo público desde otra dimensión o desde al menos otro ángulo. Es decir, ofrecernos una teoría política original. Con todo, la ingeniería pública de hoy se ha esforzado noblemente por dar nuevas soluciones y hacer frente a la especulación. Ha arrastrado hasta el centro de la palestra un institucionalismo que viene a ser una valiosa ingeniería de las instituciones.

La incapacidad de la teoría política para explicar y dar un sentido nuevo, con las correspondientes soluciones a los graves complejos de la política actual del mundo, ha llevado a la ciencia de lo público a unos conocimientos desfasados e infértiles. A ciudadanos desesperanzados. El resultado ha sido un saber inflado, pero corroído de impotencia.

<sup>1</sup> “Quam multa grandine nimmbi/culminibus crepitant”. Virgilio, *Eneida*, ed. de Rubén Bonifaz Nuño, UNAM, México, 2011, V, p. 104.

## El punto central. Yo y *self*

Quizá el punto más grave de disenso en nuestra ciencia sea el considerar al yo de, como dicen muchos estudiosos de la ciencia política, la persona humana; en realidad están hablando del *yo del ciudadano*. Ese es, tarde o temprano, el centro de mando de la vida de los individuos. Con ello se prefiere la manera de ordenar o establecer una buena gobernanza.

Otro punto que enreda —e impide— el progreso del pensamiento político es el predominio de la voluntad. La voluntad del ciudadano acaba así muy pronto por ser el poder ejecutivo de la vida pública del ciudadano. Y el suelo de esa vida pública será el territorio del Estado.

Todo lo anterior condiciona el trabajo de crear una capacidad ciudadana. La respuesta vital al trabajo del estudio de la vida pública es el de conseguir a través de nuestros primeros años una identidad personal. Se trata de un instrumento político con el que cada cual pueda irrumpir en la vida dentro de los grupos y colectivos de los que esperamos reconocimiento. Sin duda, una identidad de cara al individuo.

El asunto serio es que, cuando los técnicos se plantean explicar lo que ocurre en las calles y en los espacios públicos cerrados, *à huis clos*, suelen proyectar exactamente —a veces sin ellos saberlo— los mismos esquemas con los que explican la gobernanza de los países al funcionamiento político de los individuos. Se trata de un salto indebido; no solamente equívoco, sino perverso porque instala como realidad unas pantallas inadecuadas y desorienta a la población.

La vida humana tiene como ingredientes de especie esenciales: (i) su sustancia omnipotente, (ii) una tensión proyectiva y (iii) sus demandas esquizoides.

Nuestra necesidad de proyectar como única manera de comprender y conectar con nuestro mundo interno nos introduce a todos en una vida en donde las pantallas son un instrumento esencial para mantenernos vivos y organizados, para salir del aturdimiento y la confusión mental. La ausencia de pantallas nos conduciría directamente a una explosión psicótica de erosión y autodestrucción colectiva. Se precisan pautajes y alineamientos, protocolos. Sin un orden impuesto y respetado por todos, la vida sería una fuente de sufrimiento incesante. No solo de guerra suicida, sino precisamente de un lugar negro y de daño cósmico inaccesible a la mente humana. Por eso la teoría política moderna llega al extremo histórico de identificar la vida en grupo como guerra-barullo, ínfima y suprema, de todos contra todos. Y consecuentemente la nombra, en un acto muy atrevido, como *state of nature* o estado de naturaleza.

## Identificación de la vida como guerra

El triunfo de la visión laica de la vida ha instalado dos avances decisivos. Uno es la identificación de la existencia con el pensar: mientras se está vivo, se piensa. Se acepta que siempre que se está vivo está garantizado el pensamiento. Un pensamiento que podríamos llamar algo así como respiratorio. Obviamente con ello lo que se logra es manipular el valor del pensamiento, degradando su esencia. Pasa de ser algo esencial para el amplio gobierno del *self*, a convertirse en mera actividad mental, una pieza del ejecutivo de la gobernanza del individuo. Se olvida con ello la de veces en que estamos inmersos en fobias, obsesiones, angustias, ataques de furia, episodios

que implican una intensa *actividad mental estéril y recurrente*, pero de producción nula que no genera salud mental, no regala vida.

Es más, hay mecanismos de actividad mental que no solo no son pensamiento genuino, sino que *han sido precisamente montados para impedir pensar*. Una obsesión no piensa; en realidad, su objetivo es el de atacar el pensamiento del individuo y evitarle pensar.

Distinguir entre estos dos conceptos de actividad mental y pensamiento genuino es un paso previo y preparatorio para esa liberación contemporánea, que está a punto de comenzar, de la sociedad vigilante en la que se sofoca nuestra democracia del siglo veintiuno.

Javier Roiz